

JOYCE CAROL
OATES

MAMÁ



«Ésta es la historia de cuánto echo en falta a mi madre. Algún día, de una forma única, será también tu historia.»

A sus treinta y un años, Nikki Eaton ha alcanzado la liberación sexual y la independencia económica. Nunca se ha visto a sí misma como «hija», sin embargo, la inesperada muerte de su madre la llevará a una intensa transformación personal. A lo largo de un año crucial se verá inmersa en la pena, pero también en la sabiduría, e incluso en un amor repentino y providencial.

La gran novelista norteamericana, autora de *La hija del sepulturero*, vuelve a deslumbrarnos con *Mamá*, su novela más conmovedora.

La crítica ha dicho

«Leer a Oates es como transitar por un campo de minas emocional, para volver a la tranquilidad y sacudir la cabeza ante tamañas lucidez y revelación.» *The Washington Post Book World*

«Una autora audaz..., con su valeroso corazón y su increíblemente fastuosa capacidad imaginativa.» *Los Angeles Times*

«Entre el realismo de Steinbeck y la eficacia narrativa de Grisham... No hay tema que sea ajeno a la voracidad de Joyce Carol Oates, a su habilidad narrativa, al ritmo que sabe imprimir a cada relato.» *La Vanguardia*

«Inagotable y extraña... Emocionante y turbadora.» *El País*

«El dominio de Oates del crimen, la violencia y de los elementos que permanecen enterrados durante mucho tiempo es innegable, pero Mamá es en realidad más perturbadora en su implacable y minucioso retrato de la clase media.» *The New York Times*

«Oates es al tiempo erótica y analítica... Esta precisión casi alucinógena contribuye a una explicación por completo apasionante y evocadora del dolor seguida, finalmente, por un renovado abrazo a la vida.» *Booklist*

«Un excelente libro para leer en busca de comprensión, pero no de olvido.» *Dallas Morning News*

«Cautivadora, intensa y única en su visión y su fortaleza.»

SCOTT TUROW

«Su incomparable prosa y su habilidad para mover a la reflexión a medida que va reinventando nuevos géneros son únicas... Pocos escritores son capaces de contar una historia con tanta convicción y entretenimiento.» *Scotland on Sunday*

«Su inagotable capacidad para narrar los tiempos que vivimos es notable.» *Sunday Telegraph*

«Oates evoluciona sin descanso como artista, explorando continuamente nuevos aspectos de la vida americana... Sólo nos queda rendirnos ante la todopoderosa fuerza de sus virtudes.» *The New York Review of Books*

En memoria de Carolina Oates (1916-2003)

primera parte

la última vez

La última vez que ves a alguien y no sabes que será la última vez. Y todo lo que ahora sabes, ojalá lo hubieras sabido entonces... Pero no lo sabías, y ahora es demasiado tarde. Y te dices: «¿Cómo iba a saberlo? No podía saberlo».

Te lo dices.

Ésta es la historia de cuánto echo en falta a mi madre. Algún día, de una forma única, será también tu historia.

día de la madre

Nueve de mayo de 2004. Uno de esos días de primavera contradictorios: muy soleados pero no muy cálidos.

Soplaban ráfagas de viento procedentes del lago Ontario en breves y fuertes rachas a modo de ataques relámpago. Un cielo de aspecto duro como baldosas azules. Aquel olor a hierba húmeda que desprendían los céspedes delanteros perfectamente rectangulares de Deer Creek Drive.

A lo largo de toda la calle había grupos de lilas en flor. De vivo y reluciente color morado, pinceladas de pintura azul lavanda.

En el 43 de Deer Creek, la casa de mis padres, en la que mamá vivía sola ahora que papá había muerto, había demasiados vehículos aparcados en la entrada y junto al bordillo. El Land Rover de mi cuñado, el viejo Caddie negro de mi tía Tabitha, que parece un coche fúnebre; éstos eran previsibles, pero había otros, entre los que se encontraba un coche deportivo de color rojo carmín muy pegado al suelo que tenía forma de misil.

¿A quién conocía mamá que condujera semejante coche?

Al diablo si quería conocerle. (Tenía que ser un él, por supuesto.)

Mi madre siempre me estaba presentando a «solteros disponibles». Desde que yo estaba liada con un hombre no disponible.

Era muy propio de mamá invitar a personas ajenas a la familia el día de la Madre. Era muy propio de mamá invitar a su casa a personas que eran prácticamente extraños.

Aparqué al otro lado de la calle. Me había puesto a silbar. Era algo que parecía hacerme bajar la adrenalina, silbar cuando corría el peligro de sobreexcitarme. Mi padre silbaba mucho cuando estaba en casa.

El día de la Madre: llevaba a mamá un regalo tan delicado, tan ligero, que parecía no pesar, sino estar recostado sobre mis brazos extendidos como algo dormido. Había pasado una media hora frustrante envolviéndolo en papel de aluminio con dibujos del arco iris, con cuerdas de múltiples colores entrecruzadas sobre el aluminio en lugar de cinta; yo tenía claro el aspecto alocado-divertido-extraño que quería darle al regalo, pero había tenido que conformarme con aquella mezcla de *new age* y jardín de infancia. Me había tomado medio día libre en el trabajo con la idea de encontrar un regalo apropiado para mi madre, que era un enigma para sus hijas adultas pues al parecer no necesitaba nada.

Al menos, nada que nosotras pudiéramos ofrecerle.

Por supuesto, habíamos querido sacar de casa a mamá. Mi hermana Clare y yo. Por qué no, por una vez, celebrar la cena del día de la Madre en un lugar elegante, por ejemplo el Mt. Ephraim Inn. ¡No era necesario que mamá preparara una de sus complicadas comidas, para las que se ponía en un estado de nervios que le impulsaba a invitar a gente en el último momento como un tren que engancha vagones de más y circula a toda velocidad ladeándose y efectuando bruscos giros!

No era necesario. Salvo que, por supuesto, mamá se resistía. Tal vez si cuando papá estaba vivo él hubiera insistido en sacarla de casa lo habría consentido, pero ahora papá había muerto y sólo estábamos Clare y yo para convencer a nuestra madre de que actuara razonablemente.

«Ya sabéis cuánto me gusta cocinar. Es el mejor regalo del día de la Madre que podéis hacerme, hijas: que mi familia me visite y me deje cocinar para ella.»

Luego, con vehemencia, como si protegiera a sus inocentes-ignorantes hijas de ser estafadas: «¿Pagar esos precios por “comida” cuando yo puedo preparar una cena para nosotras con mucho menos dinero, y mejor?».

Había tres sitios por donde se podía entrar en casa de mamá: la puerta delantera, la puerta lateral y el garaje. La mayoría de las veces entraba por la puerta lateral, que daba directamente a la cocina.

La puerta a la que mamá había puesto unas campanillas que tintineaban alegremente, como la puerta de una tienda, cuando la abrías.

—¡Ooooh, Nikki! ¿Qué has hecho con tu pelo?

Fue lo primero que me dijo. Antes de que hubiera cruzado el umbral y entrado en la cocina. Antes de abrazarme echándose atrás con aquella expresión suya de desconcierto.

Recordaría el modo en que la voz de mamá ascendió al pronunciar *pelo* como el grito que lanza un pájaro cazado en pleno vuelo.

Mamá tenía la cara redonda, infantil, y reflejaba todas las emociones con la claridad del agua. Tenía la piel enrojecida, como curtida por la intemperie, los ojos de color ámbar-verdoso abiertos como platos. Desde la muerte de papá se había convertido en una mujer como un pequeño colibrí que no paraba quieto. Su asombro al ver mi aspecto fue tan grande que habría jurado que lo que había dicho era «¿Qué has hecho con *mi* pelo?».

Inocentemente le dije que creía haberle comentado que iba a cortarme el pelo.

—Cortar.

Queriendo decir: ¡vaya eufemismo!

Yo tenía treinta y un años. Mamá, cincuenta y seis. Llevábamos casi tres décadas con estos intercambios de palabras. Se diría que ya estábamos acostumbradas, pero al parecer no era así. Sentía los latidos del corazón de mi madre, acelerados como los míos.

Esta vez, la situación era bastante normal. No me había escapado de casa como hice cuando era adolescente o, peor aún, no había vuelto de la universidad a casa inesperadamente negándome a explicar por qué. No había anunciado que estaba comprometida con un joven al que mis padres apenas conocían, ni siquiera que había roto el compromiso. (Dos veces. Dos jóvenes muy diferentes.) No había dejado mi trabajo actual en una sucesión de aburridos trabajos. No me había «largado» con un hombre no del todo divorciado o ni siquiera sola a campo traviesa en una desvencijada furgoneta Volkswagen para ir con mochila al pico Grand Teton, en Idaho. Lo único que había hecho era cortarme el pelo al estilo punk y teñírmelo de un tono morado oscuro que, bajo ciertas luces, tenía reflejos iridiscuentes. No había ni un mechón de pelo que midiera más de dos centímetros y medio, y llevaba las patillas y la nuca afeitadas. Podría decirse que tenía el aspecto de un drogata chic de otra época, o el de alguien que había metido los dedos en un enchufe.

Mamá sonrió con valentía. Al fin y al cabo, era el día de la Madre, había invitados en la otra habitación. ¿No era famosa Gwen Eaton en Mt. Ephraim, Nueva York, en el valle de Chautauqua, ciento trece kilómetros al sur del lago Ontario, por ser una mujer infatigablemente optimista, que nunca se quejaba, nunca se compadecía de sí misma, afable y bondadosa?

¿Su apodo en el instituto no había sido Pluma?

—¡Bueno, Nikki! Tú estarías guapa aunque fueras calva.

Se puso de puntillas para darme un abrazo con un poco de retraso. Algo más fuerte de lo ordinario, para señalar

que me quería aún más, porque yo era un suplicio para ella.

Cada vez que mamá me apretaba en uno de sus fuertes abrazos me parecía que ella era un poco más pequeña, más baja. Desde la muerte de papá aquel pulcro cuerpecillo que parecía poseer la elasticidad de la goma estaba perdiendo definición. Mis manos encontraron michelines en su cintura y en lo alto de la espalda, vi la carne flácida de los antebrazos y de la barbilla. Desde que había cumplido los cincuenta, mamá había abandonado cualquier tipo de tacón, y llevaba sobre todo zapatos de suela de crepé tan planos, pequeños y de punta redonda que parecían zapatos de juguete de una niña. Por un breve período habíamos tenido la misma altura (un metro sesenta y uno, cuando yo tenía doce años), y ahora mamá era varios centímetros más baja que yo.

Sentí una punzada de alarma, de pérdida. Quería pensar que tenía que haber algún error.

Con mi voz de fiesta dije:

—Mamá, tienes un aspecto espléndido. Feliz día de la Madre.

Mamá respondió, turbada:

—Es un día tonto, ya lo sé. Pero Clare y tú queríais llevarme a comer fuera, así que es una solución intermedia. Feliz día de la Madre a ti.

Mamá se había puesto para la ocasión un top de terciopelo de color verde lima y pantalones a juego que ella misma había cosido. Pendientes de concha rosa que había confeccionado en una de sus clases de manualidades en el centro comercial y un collar de cuentas de vidrio que yo había encontrado en una tienda de segunda mano. Su cabello rubio canoso resultaba atractivo si lo llevaba moderadamente corto, su piel tenía un aspecto lozano como si se hubiera aplicado crema hidratante y luego se la hubiera quitado frotándola con vigor. Como papá solía meterse con ella por haber sido una chica glamurosa cuando se conocieron,

mamá era muy tímida con el maquillaje e incluso el carmín lo utilizaba escasamente. En las fotografías antiguas de los años sesenta, cuando era adolescente, mamá desde luego no parecía glamurosa. Era una animadora de instituto «mona» de un modo insulso, con las facciones de una muñeca y la misma sonrisa dolorosamente esperanzada de miles — ¿millones?— de otras muchachas que cualquier ciudadano no estadounidense reconocía de inmediato como «americanas de clase media».

—Nikk, Dios mío. ¿Qué has hecho?

Mi hermana Clare me miraba fijamente, desaprobadora. En su voz había una excitación similar a cuando éramos niñas y su caprichosa hermana menor finalmente había ido demasiado lejos.

Me pasé los dedos por mi pelo de punta, tieso como astillas gracias a la espuma, y me eché a reír. Clare ya no podía intimidarme, éramos adultas.

—¡Clare, estás celosa! El cabello morado te quedaría estupendo, pero tu familia no lo permitiría.

—Espero que no.

En realidad, al marido de Clare, Rob (en el cuarto de estar, con los otros invitados de mamá), tal vez le habría gustado ver a Clare abrirse un poco. Eran sus hijos los que se habrían avergonzado.

Clare era una mujer de cuerpo rollizo de treinta y cinco años que aparentaba exactamente esa edad. Quizá de niña había tenido también una vena salvaje, pero de eso hacía tanto tiempo que apenas importaba. Era madre de dos hijos a los que se tomaba como una tarea muy seria que le había sido encomendada. Era esposa de un acomodado ejecutivo de una empresa de Mt. Ephraim (director de ventas, Coldwell Electronics) al que mamá se esforzaba por venerar, al menos en público. La primera impresión que se tenía de Clare era la de «una mujer atractiva, sexy», pero cuando se la miraba de nuevo se veían las finas patas de gallo producidas por el gesto de desaprobación, de des-

dén, grabadas en su piel. Su rostro era una luna perfecta como el de mamá, aparentemente sin huesos, malhumorado-lindo y con tendencia al volumen. Salvo que mamá tenía los ojos desorbitados, inocentes, y los de Clare eran escépticos. Ella habría dicho que esperaba lo peor de la gente y raras veces se sorprendía.

El pelo de Clare era del color de la arena húmeda, que era el color natural de mi pelo y del de mamá antes de que le salieran canas, peinado con una de esas permanentes rápidas de salón de belleza de ciudad pequeña, que va bien con todos los tamaños de cabeza de mujer como una peluca elástica de Wal-Mart. El peinado más práctico para un ama de casa-madre que no tiene tiempo para «ocuparse de pequeñeces». Cuando éramos niñas, Clare siempre me aventajaba: lista, popular en la escuela, sexy pero «buena». Ahora Clare me había aventajado tanto que prácticamente había desaparecido en el horizonte. No podía imaginar su vida de señora Chisholm salvo como el reverso de la mía. Porque todo en Clare era previsible y práctico: traje pantalón de poliéster con un top tipo túnica para disimular la parte inferior de su cuerpo, cada vez más gruesa, buenos zapatos de piel negros con un elegante tacón no muy alto. En lugar de mis numerosos anillos relumbrones y múltiples piercings en las orejas, que daban a mis lóbulos la impresión de estar parpadeando frenéticos, Clare llevaba el anillo de compromiso con un racimo de diamantes y la alianza de casada de oro blanco en el dedo corazón de la mano izquierda, lucida como un distintivo, y en la mano derecha la piedra de cumpleaños (una aburrida perla, por ser de junio). Los pendientes eran unos ramos de hojas de oro, muy apropiados, probablemente regalo de su marido en Navidad.

Rob Chisholm. Había aparecido de la nada, para salvar la vida de Clare cuando estaba languideciendo (en realidad, quejándose a todo el que quisiera escuchar) como profesora de Estudios sociales en la Jericho Middle School

de la ciudad de al lado. Yo había imaginado a mi hermana consultando su reloj, reparando en la hora, dándose cuenta de que se estaba haciendo tarde, ¡era hora de casarse! Lo único que retuvo de su autoridad de profesora fue su postura erguida para avergonzar a los demás, como a mí, por encorvarse; y su aire de impaciencia apenas contenida por la torpeza de los que la rodeaban.

No era necesario que Clare y yo nos abrazáramos, no hacía tanto tiempo que nos habíamos visto.

Mamá intentó con torpeza suavizar las cosas.

—¡Bueno! ¡Ya volverá a crecer, Nikki! Recuerda cuando estabas en séptimo grado, yo acababa de ser elegida presidenta de la Asociación de Padres y Profesores de tu escuela y tenía que presidir mi primera reunión y estaba muerta de miedo. ¡Yo!, ¡en qué pensarían, elegirme a mí nada menos!, ¡algunas de aquellas personas me conocían como Pluma Kovach! Así que me apresuré a ir a peinar me en aquel lugar que había al lado del taller de reparaciones de aspiradoras, antes se llamaba Doreen, ahora es el Village Salon, y le dije a Doreen, mirándola a los ojos en el espejo, para que no pudiera haber ningún malentendido: «Sólo recortar un poco, por favor, unos dos centímetros», y no presté atención porque leía algún libro de misterio, creo que era Mary Higgins Clark, ya sabéis que te atrapa enseguida, vas pasando páginas aunque el final sea un poco tonto, y cuando me di cuenta y me miré al espejo... ¡mi pelo había desaparecido! Yo era aquella cosa de aspecto patético como una..., ¿cómo lo llamáis?, ¿zarigüeya?, ¿iguana?, y casi me eché a llorar gritando: «¡Oooh! ¿Qué ha hecho? Parece uno de esos cortes de estilo duende, ¡tengo treinta y siete años!», y Doreen me miró como si fuera corta de vista, y al ver que era así, que su clienta no era ninguna niña, qué demonios le pasó por la cabeza a aquella mujer no lo sabré nunca; quiero decir que yo no era de sus clientas habituales porque no era clienta habitual de ningún salón, pero cualquiera con ojos en la cara lo habría visto, cualquiera con un